



LO PENSAMOS MEJOR

CONCIENCIA CONTRA NO ME INTERESA

Cierto día —que no resultó un buen día— salieron a pasear por la Tierra don Nomeinteresa y doña Total. Se vistieron con sus trajes de invisibilidad y conectaron sus dones telepáticos para comenzar su viaje por la Tierra.

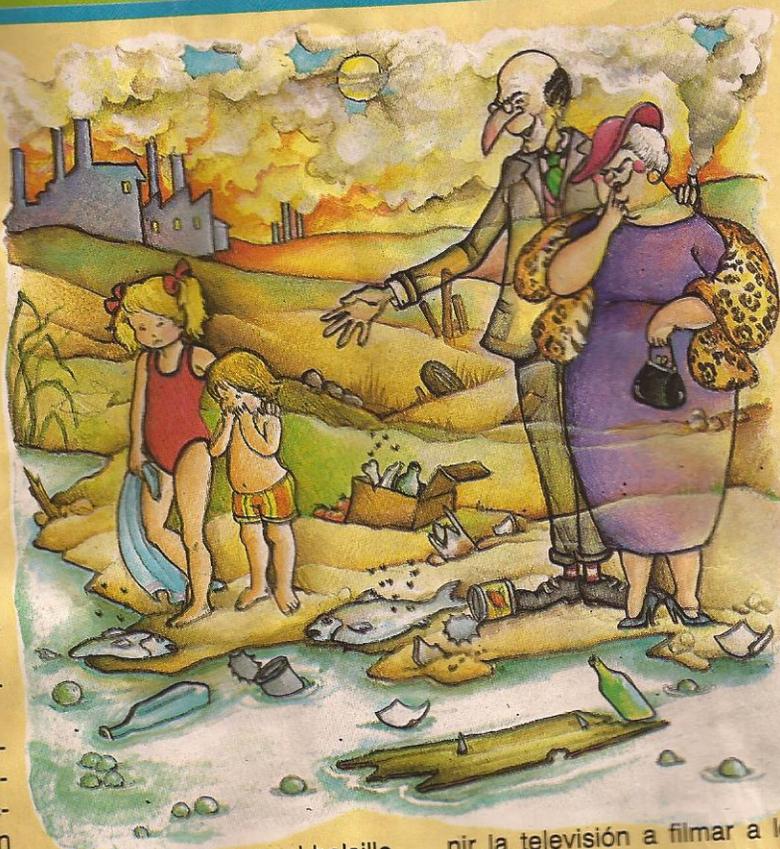
“Me parece que en este lugar podemos hacer muchos desastres bien desastrosos”, opinó Nomeinteresa cuando se detuvieron ante un hermoso río donde nadaban peces de colores.

“Este sitio es ideal para nuestra tarea destructora. Total nadie nos ve”, corroboró doña Total.

Rapidito pusieron sus antenas telepáticas en funcionamiento y las conectaron en forma directa con el cerebro de personas que pensaban más con el bolsillo que con el corazón. Así comenzaron la tarea.

Con la ayuda de Total y Nomeinteresa muchos señores tiraban, sin preocuparse, la basura de sus ciudades en los ríos. A través de las cloacas llegaban a las aguas las sustancias tóxicas y los residuos que desechaban muchas industrias de la ciudad.

La gente notaba cómo los peces se morían de a poco y que ya no se podían bañar en esas aguas antes cristalinas. Doña Total y don Nomeinteresa estaban chochos con su trabajo. —¡Qué bien lo hicimos!— decían.



Pronto se fueron quedando sin ríos para contaminar. “Y si nos vamos al mar”, pensaron. Así lo hicieron. Se metieron en grandes barcos que limpiaban sus tanques de combustibles y arrojaban el petróleo al agua. “Total, agua es lo que sobra”, se reían. “El mar es tan inmenso que... a quién le interesa”, comentaban. Poco a poco el océano se fue contaminando. Los científicos llamaron al derrame de petróleo “marea negra”. Muchas aves murieron intoxicadas, otras, con sus plumas manchadas, ya no podían volar.

“Y ahora, qué hacemos —protestaba Total—. Ya me cansé del mar.”

“Sí. Además está por ve-

nir la televisión a filmar a los pingüinos empetrolados y mucha gente se va a enojar con nosotros —reflexionó Nomeinteresa—. Mejor volvamos a la ciudad antes que llegue doña Conciencia para arruinar nuestra labor.” Volvieron a la ciudad más rápido que ligero y allí se les ocurrieron otras malas ideas.

“Tantos autos, colectivos y chimeneas humeantes —sonrió Total— pueden ser nuestros aliados.”

Y se metieron en ellos. El aire de la ciudad se enrareció con el humo de las fábricas y los gases que despedían los coches. Todos cumplían su tarea de contaminantes.



El gas de los aerosoles daña la capa de ozono.